

## VII

Aquella noche, Florisa Barel se hallaba en su gabinete de trabajo, acompañada por sus amigos Babín y Malatiré. Por la puerta entornada del comedor, ruido confuso de platos y de cubiertos removidos por la sirvienta, que ponía la mesa, llegaba hasta los contertulios. Era domingo y, por tradición, todos los domingos estaban invitados á comer con la joven sus dos confidentes. Sonó un campanillazo y se nubló la frente de Florisa. Le desagradaba mucho que la molestaran cuando se hallaba, según decía, « en familia ». Babín y Malatiré eran sus únicos parientes intelectuales, desde que Treillard se había retraído. Excluvista hasta rayar en el salvajismo, la joven sentía tener que interrumpir aquella intimidad que le era tan grata, para recibir á un extraño. La criada entró, y á la mirada de displicencia con que fué acogida, replicó con esta triunfante declaración :

— Señorita, es el señor Treillard que viene á comer...

El cambio que se produjo fué muy visible. Florisa

se levantó resplandeciente; Babín y Malatiré se enfurruñaron. Entró Andrés, sonriendo con afecto:

— ¿No se quiere ya nada conmigo? Me figuro que, quizás, aquí se me ha olvidado...

— Por lo menos usted ha hecho todo lo posible para que así sea. Seguramente hace un año que estos señores no le ven...

— ¿Es la vuelta del hijo pródigo? — preguntó Babín.

— ¿Se ha cansado el señor Treillard de frecuentar la sociedad aristocrática? — murmuró Malatiré con cierta acritud.

— Ha acertado usted, mi querido maestro, — contestó Treillard. — Pero no sería exacto decir que me he cansado. La frase verdadera es « fugado. »

— ¿Se trata, pues, de una conversión?

— Ni más, ni menos. He visto el gran mundo, sus torpezas y sus miserias... Y lo abandono.

— ¿Ha encontrado usted asunto para un buen libro?

— No era eso lo que iba buscando... Pero, además, salvo algunos cuadros especiales, ¿qué de particular puede observarse en la alta sociedad? Las pasiones, los vicios y las virtudes son allí semejantes á los que pueden hallarse en otros medios más vulgares. Siempre resulta la misma humanidad, más aseada, más pulida y, por lo tanto, más odiosa y más hipócrita.

— No me parece que ha recogido usted, en la excursión, impresiones halagüeñas.

— Es que me ha maltratado bastante esa gente, y no le debo gratitud.

— Sin duda, le ofrecieron á usted servirle, y no han cumplido su promesa.

— La han cumplido á su manera, que no es, desdichadamente, la que podía agradarme. Hubiera sido preciso para obtener todas las ventajas de la situación que me había creado, resignarme á ser comparsa complaciente de esos mundanos, soportar el insoportable tedio de la vida en común con ellos, aceptar sus impertinencias y renunciar, en absoluto, á mi independencia de espíritu y á mi libertad de acción. A cambio de esas concesiones degradantes, hubiera tenido derecho para envejecer en un rincón de los salones, adquiriendo reputación de hombre amable, de pensador juicioso y de persona bienquista, que, allá para cuando cumpliera los cincuenta años, me llevaría á figurar en una candidatura académica, con mayores ó menores probabilidades de triunfo. Confieso que no he tenido paciencia para esperar. Aun me faltan quince años para llegar á la edad prescripta. Pretendo emplearlos en producir lo que me agrada y cómo me agrada. Si así no consigo un diploma de ortodoxía, al menos lograré la ventaja de no haber renunciado á mi personalidad. Siempre es algo.

— ¡ Eso se llama volver á las ideas sanas de antaño ! — dijo Florisa. — Ni siquiera debemos lamen-

tar los « flirteos » de usted en la alta sociedad, si de ellos ha sacado la repugnancia hacia lo que contienen de falsificados y de nocivos.

— Pero, veamos, — insinuó Malatiré, con curiosidad sardónica. — ¿ Es quebrantar el secreto profesional el que usted nos cuente lo que ha hecho en el centro de las mundanidades ?

— Nada. He perdido el tiempo.

— ¿ Como hombre ó como escritor ?

— Como escritor y como hombre.

— Se dijo que estaba usted enamorado de una linda dama, que alardea grandemente de talento literario.

— La linda dama me ha tratado con soberano desdén. Me ha aburrido y la he dejado con su literatura.

— ¿ Era *su* literatura ó la literatura de *usted* ?

Treillard se echó á reír :

— ¡ Oh ! Me guardaré mucho de enseñarle el oficio de crítico. Desenrede, querido maestro, y busque las filiaciones literarias. Eso es cosa de usted.

— ¡ Me parece que nuestra amiga Florisa ha realizado bastante bien la tarea !

— Femeninamente, — observó Treillard. — No ha dicho todo lo que había que decir.

— Luego ¿ cree usted que ha procedido con excesiva moderación ?

— No. Ha estado muy dura. Pero ha tratado el asunto en su aspecto exterior. Era el más fácil. Criticar á una aristócrata por no ser una profesional de

las letras, está al alcance de cualquier gacetillero. Inculparla por encubrir su personalidad, bajo seudónimo masculino y zurrarla recordando á Jorge Sand, es procedimiento empleado por revisteros de periodiquillos...

— ¡Diantre! ¡Está usted haciendo crítica de crítica!

— ¡Déjelo hablar! — advirtió Florisa sonriendo. — Me distrae extraordinariamente.

— Fíjese en que, únicamente, han llegado al público y han mortificado á la víctima, las observaciones mediocres del artículo... Los aspectos graves y formales de la crítica, todo lo que demostraba las pobreza de fondo y las deficiencias de forma, no han sido apreciados más que por la gente del oficio. Le bastaría á Oliverio Juglat — lo llamaré por su nombre literario — tratar de igual modo á Florisa Barel, en una crónica ligera, para estar desquitado á los ojos de la galería. Pero, para hacer esto, es preciso ante todo darse cuenta de su posición efectiva, conocer las triquiñuelas del periodismo, ser, en suma, un verdadero obrero de las letras, y esto es lo que la señora Marquesa de Sortais ni ha sido, ni será. En seguida, era menester manejar la pluma por manera bastante pérfida y bastante feroz, para escrutar en el entendimiento y en el corazón de nuestra querida amiga, á fin de ridiculizar sus nobles cualidades y de provocar los sarcasmos de la muchedumbre. Y esto es aún menos capaz de hacerlo, la señora de Sortais.

— Es mucha fortuna, — murmuró, con aire mediatubundo, Malatiré, — que haya usted regañado con esa señora. Hubiera bastado con que le indicase lo que acaba de decirnos, para colocarla en condiciones de tomar un magnífico desquite, sin aparentar ni dejar ver que le había prestado auxilio.

— Sí, pero entonces no tendría yo el gusto de comer con ustedes... Porque, después de semejante traición, no me atrevería á presentarme ante nuestra amiga.

— Vamos, Treillard, — preguntó papá Babín, — explíquenos su capricho hacia esa señora. ¿La quiso usted formalmente?

— Sí, contestó el literato, con cierta fanfarronería, mirando á Florisa.

— ¿De qué estaba usted enamorado? ¿Es joven y linda?

— Esas mujeres tienen la edad que quieren tener. Respecto á belleza, todo París la juzga encantadora, y así la veía yo.

— « Todo París para Jimena tiene los ojos de Rodrigo, » — gruñó Malatiré. — Vean, es la primera vez que « todo París » se manifiesta y aparece en forma de locución. ¡Lo empleó Corneille! Y, después, de esto, ¡aun habrá quien diga que « todo París » es muy moderno! ¡Atajo de machacones, de remendones literarios, de convertidores de viejo en nuevo!

— *Nihil novi sub sole*, — murmuró papá Babín. — Entonces, esa señora...

— ¡Oh! No hablemos más de ella. ¿Quiere? Me

parece que debe usted darse por satisfecho con el examen que me ha hecho sufrir.

— Precisamente, vamos á comer, — exclamó Florisa.

Tomó el brazo de papá Babín, y se dirigió hacia el comedor.

A la mañana siguiente, Treillard estaba ensimismado ante las cuartillas, muy atareado en cicatrizar esmeradamente una mutilación dolorosa que había hecho en una escena de su comedia, á raíz del último ensayo, cuando la criada entró con aire misterioso, y dijo:

— Señor, ahí está una señora que desea hablar con el señor.

Treillard palideció. Ni por un momento dudó de que fuesela señora de Sortais. Se puso de pie, se pasó presurosamente la mano por el cabello, y dió orden de que hicieran pasar á la Marquesa. No se había equivocado; al primer vistazo se aseguró de ello. Con paso resuelto, con gracia ligera, la Marquesa entró sonriendo, bajo su velillo.

Aguardó á que estuviese cerrada la puerta; luego, cuando se hallaron solos frente á frente, sentóse junto á la chimenea y miró con fijeza al literato, como invitándolo á hablar, cual si lo considerase obligado á dar explicaciones. Treillard permaneció de pie ante ella, vacilando entre el júbilo y la cólera, preguntándose si la visita tenía por objeto una nueva provocación ó si, impulsada por sentimientos más suaves, daba los primeros pasos hacia una

reconciliación. Viendo que á través del velillo blanco, seguía mirándolo, se acercó y con voz temblorosa:

— ¿Qué quiere usted de mí, señora? — preguntó. — ¿Podía yo esperar volver á verla, y, sobre todo, aquí?

— Toda vez que usted rehusa ir á mi casa — dijo la Marquesa, tranquilamente y con gran desahogo — es preciso que yo venga á casa de usted.

Treillard movió la cabeza:

— Acaso hubiera sido más generoso dejarme en mi soledad. Por fuerza tengo que recordar los desprecios que he sufrido. Y no acierto á comprender cómo no mantiene la decisión que adoptó de arrojarme de la presencia de usted.

— Nunca he hecho tal cosa. Me he negado á acceder á exigencias, y... nada más. ¿No es ese un derecho femenino? ¿Qué culpa tengo de que, exagerando mi reserva, la haya tomado como desaire y casi como ofensa? Hay que creer que no está acostumbrado á encontrar resistencia. Pero ¿con qué mujeres ha tratado usted hasta hoy?

Al oír estas palabras, el escritor se enfureció;

— ¿Con qué hombres ha tratado usted, para intentar imponer á una afección sincera todas las formas de la domesticidad? ¿Es eso lo que le agrada? ¿Qué justificación tienen sus preferencias? ¿Son fieles y leales? ¿Tiene usted motivos para estar satisfecha de su elección?

La Marquesa palideció, crispó la mano sobre el

puño de su sombrilla y replicó con tembloroso labio :

— ¿Se atreve usted á hablarme de tales cosas ?

— ¡Por qué no ! ¿Las cree un misterio ? En este momento se comentan y se ríen en todas partes. Si deseaba respeto para sus sentimientos, debió dar mejor empleo á su cariño. Pero se confió en un lindo mozo, falto de seso, que se dedicó á engañarla con jovenzuelas y á hacer que las intimidades de usted rueden por los pasillos de los teatros. ¿Debo admirarla por tan soberano desahogo ó compadecerla por tantas desazones ? ¡ Una mujer como usted, escarneada por una comiquilla que la imita en los gestos y en las inflexiones de voz y la ridiculiza caricaturizándola en los desplantes de celos !

— ¿Qué significan esas murmuraciones ridículas ?

— El resumen de lo que dice la señorita Claudina Nantheuil, que cuenta sin rebozo que usted fué á casa de su amante para intentar sorprenderla cuando se levantara. Que no se logró el intento porque ella estaba vistiéndose y Roize acostado aún, al presentarse usted en el referido domicilio. Que mientras usted regañaba con el amante de ambas, en el salón, la señorita Nantheuil se hallaba en el gabinete estudiando del natural detalles para el día en que tenga que representar una escena de celos...

— Y ¿lo sabía el miserable ? — exclamó la Marquesa al fin, en un arranque de rabia.

— Ni me lo dijo ni se lo pregunté á la testigo. Usted que conoce al galán puede suponerlo. De cual-

quier modo no veo que esa circunstancia añadida más interés á la picante aventura.

En este preciso instante, la señora de Sortais se levantó el velillo y mostrando al literato el rostro bañado en llanto, gimió :

— ¿Le complace martirizarme de este modo ? ¡ Si me hubiese usted querido, como me decía, se apiadaría de mí ! Tan hábilmente hizo el cambio, que Treillard cayó en el lazo. Se acercó y, con más dulzura :

— ¿Debo yo consolarla de las pesadumbres que otros le ocasionan, despues de todas las amarguras que usted me ha hecho apurar ? ¿Me considera tan bonachón ?

— Sí ; creí que podía contar con su generosidad. Pensaba que al verme tan rudamente combatida por todas partes, olvidaría usted enojos, para correr en mi auxilio...

Lo miró con disimulo, para ver el efecto producido. Acababa de pronunciar la palabra decisiva. ¡Auxilio ! Sí, auxilio, era lo que efectivamente había ido á buscar. Desde que entró en la habitación, sólo había pensado en la manera de plantear el asunto. Y aun en los momentos en que, sollozante, se estremecía de cólera y de celos, ni un sólo segundo perdió de vista el objeto de la visita, y ni un sólo instante dejó de buscar la transición hábil que le permitiera abordar la negociación en que cifraba toda sus esperanzas. Habiendo encontrado modo de deslizar ese deseo que le llenaba el pecho, aguardó el

resultado. Fué inmediato. Treillard se repuso, y dijo con circunspección y amargura :

— Luego ¿para pedirme un servicio, es para lo que usted me ha dispensado el favor de venir á mi casa ?

— ¡ Un servicio ! ¿ Yo ? ¡ De ningún modo ! ¿ Qué puede usted hacer hoy por mí ? He venido aquí, en mi ruina moral, buscando al único que podía comprenderme, al que yo esperaba que sabría sobreponearse á mezquinos rencores, para confortarme con las luminosidades de su inteligencia. Si usted no se encuentra en condiciones de escucharme, de aconsejarme y aun de compadecerme, cuando vengo á buscarle como á un confesor, como á un amigo indulgente y de claro juicio, nada tengo que hacer aquí, y me marchó más triste y más abatida que cuando llegué.

Hizo un momento par levantarse. El literato la detuvo con el gesto :

— Quédese. Veo que no me conoce. Por doloroso que sea lo que tenga que escuchar, soy capaz de comprenderla. No se ha equivocado usted viniendo á mí.

Deliciosa sonrisa iluminó el rostro de la Marquesa. Con expresión de júbilo fijó en Andrés los lindos ojos, pensando : ¡ He triunfado ! Aun está á mi arbitrio. Antes de una hora será otra vez mi siervo arrepentido y humillado.

Mientras se formulaba estas reflexiones tan acres como prácticas se mostraba alegre y tranquila á los

ojos de Treillard, pasmado con semejante metamorfosis. Como por casualidad, el abrigo que envolvía á la dama se deslizó hasta el talle, y el busto, ceñido por traje que ponía de manifiesto morbideces, surgió ante la vista del enamorado Andrés. La Marquesa lo hizo sentar á su lado, envolviéndolo en atmósfera de perfumes, mirándolo con mirada acariciadora, estrechándole cariñosamente las manos.

— Mire en mí á una pobre mujer abatida y humillada, maltratada en sus afectos y herida en el amor propio ; su amante la traicionó, y la torturó esa Florisa Barel, la Florisa de usted...

— ¡ Mi Florisa ! — protestó Treillard.

— ¡ Sí ! ¡ Sí ! ¡ De usted ! Sé las relaciones que le unen á esa mujer. Por lo mismo me ha dolido doblemente el abominable artículo que ha escrito acerca de mi libro... Todos los sarcasmos venenosos que pueden amontonarse para arrojarlos sobre una rival los ha sabido encontrar para insultarme. ¡ Así me tratan los amigos de usted ! ¡ Y usted lo ha permitido !

— ¿ Qué iba á hacer ? ¿ Se cree que tengo autoridad para imponer á Florisa Barel que escriba ó que no escriba sobre tal ó cual cosa ? ¡ Es el espíritu más independiente y más salvaje que he conocido !

— La intimidad de esa mujer con usted da á su artículo un alcance incalculable. Soy la burla de la sociedad literaria, y la sociedad aristocrática se ríe de lo ocurrido, satisfecha de que esa escritora me hunda.